

La desigualdad ha perdido el partido

Desde pequeña, Ana siempre quiso jugar en el patio del colegio al baloncesto con el resto de sus compañeros. Sin embargo, estos no la dejaban con la excusa de que era una niña. Así que decidió empezar a entrenar para mejorar y demostrarles que las niñas podían jugar tan bien como ellos.

Le pidió a su madre que la apuntara en un equipo de baloncesto. Estos suelen ser mixtos, por lo que podría hacer amistad tanto con niños como con niñas de su misma edad y que compartieran su mismo interés.

En el primer día de entrenamiento, estuvo cohibida los primeros 20 minutos, pero fue soltándose a medida que transcurría el tiempo. Al final del día conoció a unos cuantos posibles amigos, entre ellos Ernesto que, casualmente, era de su mismo colegio.

Poco a poco, los niños de su clase empezaron a fijarse en cómo jugaba, ya que Ernesto les contó lo bien que lo hacía en los entrenamientos. Un día, se celebró un torneo en el que participaba todo el colegio. Ana pudo demostrar cómo jugaba, dejando impresionados a los compañeros que no la dejaban participar anteriormente.

Actualmente, forma parte de la dirección de la Asociación de Clubes de Baloncesto (liga ACB), le cuenta esta historia a sus jugadores para que tengan respeto hacia las mujeres, que tienen la misma capacidad para practicar este deporte que cualquiera de ellos, y para que les sirva como motivación a la hora de superarse a ellos mismos y ver que nada es imposible si trabajas y eres constante, opinión que comparte su esposo Ernesto, su mayor punto de apoyo.

Autor: Rafael Fernández Ruiz-Herrera